

**ARMED REVOLUTIONARY ORGANIZATIONS OF MEXICO**

**DOCUMENTS AND PUBLICATIONS**

**Para Anita, el Mexico...**

**REEL 3 FOLDER 16**

**MANDEVILLE SPECIAL COLLECTIONS LIBRARY**

**UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SAN DIEGO**

GPG  
DOC.003  
OPM

26-IV-55

Para  
A fin de  
El Mexico no debe ser un lugar  
haya una verdadera justicia  
cia social se construya con  
dolor al sacrificio y la sangre  
de sus mejores hijos y un  
de los más sagrados ideales  
del pueblo

Q



En un instante se encendieron todas las luces, la sala bullía de entusiasmo, aplaudíamos y nos decíamos unos a otros: — ¡Ahí viene el Presidente Mao!

Me paré en la punta de los pies para ver mejor entre la multitud. Avanzó por el corredor saludándonos y aplaudiendo en respuesta a nuestro recibimiento. Su figura firme y robusta, y su rostro inteligente, tan lleno de humanidad, me pareció que encerraba toda la sabiduría de los hombres. En esos instantes sentí que toda la luz, el color y la alegría de China se habían reunido en este salón. Me invadió una ola de felicidad. . . Mis manos aplaudían y aplaudían.

Comenzó el banquete. El Primer Ministro Chou En-lai vino a nuestra mesa en nombre del Presidente Mao, a brindar por nuestra salud. Alzando mi copa bebí hasta la última gota y de todo corazón desee al Presidente Mao y a los dirigentes del Comité Central del Partido, buena salud.

Cuando se acercaba la hora de retirarnos, todos los obreros modelo formaron un apretado grupo alrededor del Presidente Mao. Nos estrechó la mano uno a uno mirándonos con gran afecto. Quise decir unas pocas palabras, pero me saltaba el corazón y no pude abrir la boca. En momentos así el lenguaje es inútil para expresar los sentimientos que se guardan en el corazón.

Estoy sinceramente agradecido al Partido que me educó. El Partido y el Presidente Mao me enseñaron el significado de la vida. Yo sé ahora que un hombre verdadero es aquel que sirve al pueblo honradamente, olvidándose de sí mismo. Como dijo el Presidente Mao, si de esto se hace el punto de partida, se puede servir realmente al pueblo. La ha-

bilidad de un hombre puede ser grande o pequeña, pero si es éste el espíritu que lo anima, él es verdaderamente grande, y se libera de toda mezquindad y ruindad para entregarse al pueblo.

Del pueblo y de nuestro Partido extraemos la fuerza para mover montañas y mares, arrancarle a la tierra sus tesoros, construir represas, conquistar desiertos y convertir nuestra patria en un mundo de belleza. No dejes el arma cuando el enemigo no se haya rendido. Debe ser ilimitada nuestra devoción de luchadores para hacer que el comunismo, el más alto ideal humano, sea realidad.

El partido que dirija los destinos de nuestra patria, estará formado por los mejores hombres de todos los partidos existentes por los mejores hombres de todos los grupos político o por hombres sin partido; el cual se formará en las trincheras, para cerrarles el paso a los demagogos los inmoralistas y los cobardes, partido marxista-leninista basado en la lucha de clases, la lucha anti-imperialista y la liberación y superación a todas las ordenes de nuestra patria.



Los estudiantes me pusieron en la tarima un confortable sillón y hasta un piso suave para mi pierna y ahí me senté y di clases durante seis meses. En las noches, a la luz de la lámpara, consultaba libros, recordando cosas de mi propia experiencia y tomando notas para los cursos. Yo mismo aprendí mucho durante aquel tiempo, comprendí muchas cosas de las que antes sólo tenía una vaga idea. Descubrí que enseñando a otros se aprende mucho.

Con la correcta dirección del Partido comenzamos a manejar la fábrica dentro de normas socialistas, con una administración apropiada. Las municiones que producíamos no sólo llegaban a los campos de batalla del nordeste sino también a otros más distantes en la China Oriental. Y creíamos tener derecho a sentirnos satisfechos con nuestra participación en la lucha liberadora.

En la ladera de una colina, cerca de la fábrica, se erigió la tumba del héroe Wu Ping-chou, cuya vida se consagró a la causa de la revolución popular. ¡El, es como ella, inmortal!

## VERDADERA AMISTAD

Una fecha inolvidable: el 1º de octubre de 1949, día en que nació la República Popular China.

Mi salud seguía siendo precaria. Caminaba con dificultad y no se sabía en qué momento me quedaría sin vista. Mi querido Partido decidió enviarme a la Unión Soviética para tratarme.

La Unión Soviética: un nombre sagrado, el nombre de la tierra donde el más puro ideal de la humanidad había sido realizado. Desde el primer día de su existencia ha sido el estandarte de todos los que luchan por un mundo mejor. En nuestros corazones la Unión Soviética era la esperanza, nuestro mañana.

La nieve cubría la tierra. Nuestro tren, acelerando contra el viento del Norte, cruzó la frontera entre planicies y bosques cubiertos de hielo y un brumoso amanecer, nevando, llegó a Chita.

Ahí tenía que cambiar tren para Moscú. Un pasajero, oficial de la Fuerza Aérea Soviética, me vio parado en la plataforma sin saber a dónde dirigirme. Inmediatamente se me acercó, cogió mi equipaje y me condujo donde el jefe de estación, quien me dio la mano calurosamente. Le enseñé mis papeles y al momento se hizo cargo de mí, recomendándome a una muchacha que me llevara al comedor.



piezas las que estudié una por una, reparando en su estructura y en cual era su función dentro del total. El detonador era curioso, llevaba la pólvora completamente sellada y no la pude extraer. Pero si no lograba sacarla no podría saber cuál era su composición química. Me senté al banco y coloqué el detonante en el tornillo. Con muchas precauciones traté de soltar el casquete de metal. Después de mucho manipuleo, y cuando divisaba un polvo blanco, el detonante explotó. Afortunadamente el tornillo impidió que los pedazos volaran en todas direcciones; todos se dirigieron al techo donde dejaron un hoyo, además, es claro, de llevarse un pedazo del tornillo.

Un camarada llegó corriendo al oír el estampido, me examinó de arriba a abajo gritando:

— ¿No está herido?

— ¡Mire! — y le señalé el tornillo.

— ¡Qué escapada! — exclamó.

Cuando se fue puse un segundo detonante en el tornillo. En verdad no había otro medio: tenía que soltar la tapa. Otra vez me senté al banco y ahora, trabajando muy lentamente y con más cuidado, pude extraer la pólvora.

Para el otoño los planos de la espoleta quedaron listos. Ya podía también caminar sin muletas y sólo me valía de un bastón aunque la pierna, sin el tendón alrededor del tobillo, era todavía muy tembleque.

Por fin regresé a mi fábrica.

Durante los pocos meses que había estado ausente, en la fábrica habían ocurrido cambios radicales. Había filas de edificios nuevos y yo ya no sabía encontrar mi camino. Los camaradas estuvieron felices de verme. La fábrica había instalado nuevos talleres de ingeniería y laboratorios

de física y química para explosivos. Me pusieron a cargo de los laboratorios y de otros trabajos. No mucho después comenzamos a producir los nuevos detonadores.

Aparte de todo esto acababa la fábrica de iniciar unos cursos para entrenar expertos. La mayor parte de los conferenciantes habían llegado; pero el departamento de ingeniería mecánica todavía necesitaba un instructor para el diseño de máquinas. El Director de la fábrica me sondeó:

— Yun-tuo, ¿qué le parece si da algunas clases?

Me sorprendió. Seguramente no quería decir lo que había dicho. Después de todo ni siquiera había terminado la escuela primaria, ¿cómo podía pensar en dar clases a estudiantes graduados?

— Usted está bromeando — le dije. — Yo no estoy hecho para ese tipo de cosas.

— ¿Entonces quién cree usted que podría hacerlo?

— Pero yo sólo soy un obrero. . .

— No, no. Ese no es el asunto, camarada. Usted es un comunista. Además, tiene experiencia práctica ¿por qué se preocupa?

En los primeros años, cuando trabajaba en la mina, apenas podía interpretar los planos; y dibujar una máquina me parecía algo muy por encima de mi capacidad. Después de unirme al movimiento revolucionario me sorprendí realizando tareas y diseñando cosas solo y de una manera u otra, me las arreglé para aprender a dibujar. De todos modos la experiencia práctica no era suficiente para dar clases sobre los porqués y los cómo. Había que conocer la parte teórica, en lo que yo era débil. Pero un comunista no debe rechazar la oportunidad de aprender, acepté intentarlo.

posible. De todos modos, tú y todo lo tuyo pertenece al Partido y es tu deber cuidarte como es debido.

Es claro que tenía razón. Tuve que convencerme a mí mismo que tenía que desechar la idea de la amputación. Pero quería hacer algo de manera de no desligarme del todo del trabajo colectivo.

Tenía bastante experiencia en dismantelar detonadores y había leído un buen poco al respecto. Si escribía lo que sabía, seguro que mis camaradas encontrarían ahí algo útil y de esta manera estaría ayudando en la construcción de nuestros talleres de detonadores. Después de muchos ruegos, los médicos lo aceptaron. Me sostuvieron con una pila de cojines y cobertores y me buscaron una tabla cuadrada para escribir. Me las arreglé para sujetar el papel en la tabla con la mano vendada mientras escribía laboriosamente con la otra. Pude hacer unos dos mil jeroglíficos el primer día, lo que me hizo sentirme bastante satisfecho. Trabajé durante tres días, escribiendo y diseñando, hasta que terminé el primer borrador. Entonces fue enviado a la fábrica donde lo copiaron y distribuyeron. El Comité del Partido escribió algunas palabras elogiosas como introducción, lo que me estimuló muchísimo.

Apenas se había disipado un tanto el dolor agudo de mi cuerpo, cuando empecé a toser un poco. Me vieron por rayos X y no encontraron nada de importancia, pero sí descubrieron más esquirlas en mi cabeza y en las piernas. El médico no trató de atenuar las cosas.

— Vea — me dijo — usted perdió la vista del ojo izquierdo a causa de los fragmentos de metralla; ahora hemos descubierto por los rayos X que también tiene una esquirla en el derecho.



Por Lou Kung-liu



## ABRIENDOME CAMINO

Seguí en estado de inconciencia por dos o tres días. Pero una mañana, sentí de pronto que algo se prendía a mis manos y a mis pies. Un dolor cruel, punzante, recorrió mis piernas. Abrí un ojo y vi a Lu Ping inclinada sobre mí; con una expresión afligida estrechaba mis manos para impedir que me moviera. Era el médico que cambiaba las vendas. Me causaba aquello tal agonía que tuve que morderme los labios y aún así dejé escapar un gemido. Lu Ping me apretó más las manos, como si temiera que yo rodara del lecho.

— ¡Espera, espera, ya va a terminar. No te muevas! — murmuró con ternura y firmeza.

Enderecé un poco la cabeza y seguí los movimientos del doctor. La parte inferior de mi pierna derecha era una masa sangrienta, mientras la izquierda, acribillada por las esquirlas, parecía un panal, toda llena de orificios del tamaño de una semilla de sésamo. El médico estaba metiendo gasa en el hueco de mi pierna derecha. Todo aquello duró más de una hora.

Como si esto no fuera suficiente, yo sentía un dolor sordo en el pecho. Al darse cuenta Lu Ping echó hacia atrás las sábanas y me desabotonó la camisa. Ahí tenía otro machucón amoratado, al lado izquierdo. Lu Ping se entris-

teció. Inesperadamente se volvió hacia la mesita y del cajón sacó un reloj que depositó en mi mano.

— ¡Mira, lo tenías en el bolsillo! ¿Ves qué escapada milagrosa has tenido?

Era fantástico. Mi reloj me había salvado. Estaba plano como un panqueque y hecho añicos. Si no hubiera estado ahí o si la metralleta hubiera penetrado por otra parte, todo habría acabado.

De todos modos, ahí estaba yo en la cama, con la mano izquierda y la pierna tíasas de esquirlas; la cabeza y todo el cuerpo, desde el estómago abajo, cubierto de vendas. Me sentía como atado a la cama. No podía hacer movimiento alguno. Se me ocurrió que mi estado era grave; pero nunca pensé que iba a morir. No era la primera vez que yo había estado a punto de ser un cadáver y lo había esquivado. De todos modos, pasara lo que pasara, muriera o quedara inválido, nada se saca con llorar por la leche derramada. Pertenecer a la lucha revolucionaria significa sacrificios. Si no fuera así yo, sería algún otro. Las palabras que Nikolai Ostrovsky pone en boca de Pavel Korchagin, el héroe de la novela "Así se templó el acero" volvieron a mi memoria:

"... El bien más preciado del hombre es la vida y le es dada sólo una vez. Por esto debe vivir sin remordimientos que lo torturen por años, sin objeto; sin conocer jamás la quemante vergüenza de un pasado mezquino y despreciable; viviendo así, cuando muera podrá decir: toda mi vida y mi energía fueron para la causa más pura en el mundo: la lucha por la liberación de la humanidad."

*En toda la Historia de nuestro pueblo he  
hecho grandes sacrificios, cuando luché por Idea  
las superiores; los jefes de ahora seguirán esa  
camino*



Confíe mis sentimientos al director de Artillería.

— ¡Con qué así es, ajá! Bueno, mejor que yo haga las veces de casamentera.

Esto me confundió. — ¡No, no, todavía no! Yo no sé lo que ella siente al respecto. Si a ella no se le pasa por la mente, no vale de nada apurarlo, eso sólo nos pondría a todos en una situación delicada.

— Bueno, si usted lo cree así — me dijo riéndose.

Desde que me había herido la vista y la mano, los compañeros se habían estado inmiscuyendo en mi vida privada, diciendo que esperaban que me casara. Sin embargo, yo pensaba que sería una pretensión desmedida de mi parte buscar una esposa sólo para que me cuidara. Un luchador por la revolución no puede tener un código para su comportamiento en público y otro para su vida privada.

Estábamos en vísperas de la victoria en la guerra anti-japonesa. En el frente europeo, la Unión Soviética había emprendido una ofensiva general contra la Alemania fascista. En China, habiendo derrotado al Kuomintang en su tercera embestida contra los comunistas, el pueblo y las fuerzas armadas de las áreas liberadas preparaban energicamente una contra-ofensiva contra los japoneses. Nuestro arsenal aún crecía; pero nuestras armas todavía no eran lo suficientemente poderosas para la tarea que debían emprender. Teníamos que continuar perfeccionándolas y haciéndolas más mortíferas.

Nuestro plan, en términos generales, era hacer cañones de grueso calibre y municiones de acero con espoletas automáticas.

Hice un viaje al frente para investigar en el sitio mismo el efecto letal de nuestros cañones y al mismo tiempo dis-

cutir con los propios artilleros dónde estaba la falla. Me quedé varios días, aprovechando para ayudar a organizar una unidad móvil de reparaciones, la que podía seguir al ejército en su marcha. Luego, un escuadrón de caballería me escoltó de regreso.

Apenas me acerqué a la entrada cuando me rodeó un grupo de obreras.

— ¡Pero si es el camarada Wu! No se ha apurado nada en volver ¿verdad?

Me preguntaba qué era lo que les pasaba. Luego se pusieron a reír a carcajadas, lo que me desconcertó muchísimo más todavía. En ese momento apareció el Director de la fábrica y me condujo a su oficina. Hablamos de nuestros cañones y de la manera de aumentar su efectividad, hasta que no pude contener más mi curiosidad.

— Algo extraño pasa — le dije —. ¿Qué es?

— Ella salió ayer del hospital — me contestó cariñosamente, como si yo supiera de qué se trataba. Luego agregó: — Lu Ping fue herida con un detonador. . . a usted le gustará ir a verla ¿no es cierto?

Salí corriendo de la habitación, pero no tuve que ir lejos: la encontré en la puerta.

— Vine a verla — me dijo — pero ustedes dos estaban tan absortos conversando que no me atreví a interrumpir. Así es que esperé aquí. — Nos alejamos de la fábrica encaminándonos hacia unos arbustos verdes al pie de la colina.

— ¿Por qué no me escribió contándome que estaba herida? — protesté.

— No quise preocuparlo. Oí decir que había estado en el frente.



Nuestros joveres llevados por ideales  
Subtitulos están siguiendo a lo camino

en Laian, al noroeste de Nankín, prendió fuego al campo enemigo y aniquiló un millar de soldados japoneses. Desde entonces sus tropas se habían instalado en Juainán. Hasta los civiles le llamaban "Nuestro Comandante Luo". Algunos hasta decían que era un dios enviado de los cielos. En verdad, su cuerpo grande, vigoroso, lo hacía verse poderoso como un dios. Era un Comandante valiente, foguero en las batallas y amigo querido de los soldados y campesinos. Muchas veces me pidió que lo visitara y conversábamos de política y de la situación militar y, hasta de problemas personales que surgían en el estudio y el trabajo. Nunca me dejaba partir sin un obsequio: trofeos tomados al enemigo, una bolsa de cuero para el tabaco o cosas por el estilo. Una vez, después de buscar en vano algo que darme, fue a su huerta y recogió para mí el tomate más grande. Siempre lograba la mejor cosecha de tomates de los alrededores.

El Comandante Luo me señaló una silla y comenzó a hablar en su acostumbrada manera afectiva y amistosa.

— Camarada Yun-tuo, el estudio es un asunto muy importante. Pero por el momento la situación bélica es realmente difícil y yo tengo un trabajo importante que confiarle. ¿Le importaría no irse por el momento?

— Quiero ir a estudiar solamente por mi trabajo, pero si el trabajo me necesita aquí, me quedaré y estudiaré en mi puesto.

El Comandante Luo sonrió satisfecho. Se paseaba de arriba a abajo haciendo para mí un análisis de la situación. Una y otra vez destacaba la importancia de asestar golpes muy fuertes al enemigo. Necesitábamos quebrarle los huesos, darle una paliza de la que nunca se recobraría. Y

para esto necesitábamos armas, armas de todas clases, armas que pudieran hacerlo polvo.

— ¿Cree usted que podría inventar algo así? — me dijo sonriendo.

Sus palabras me inspiraban. Le di mi palabra solemne: — Todo lo que soy se lo debo al Partido. Haré todo lo que el Partido me pida y lo haré con alegría.

Al partir, el Comandante Luo me acompañó hasta la puerta.

— No se descorazone jamás. Nunca diga "esto no se puede hacer". Hable de esto con los muchachos cuando regrese.

Y así fue como regresé a la fábrica. Por el momento nuestro gran dolor de cabeza era la falta de materias primas. Era inútil ponerse a desarrollar ideas en el aire sin considerar la maquinaria y el material con que contábamos. Si se ignoraba esto, el mejor de los diseños resultaba inútil. Y cuando se llegaba a tener la materia prima, uno se hundía por la falta de herramientas. Por esto lo primero que debíamos hacer era buscar el material y luego ver qué podíamos hacer respecto a las máquinas. Habría después tiempo de sobra para diseñar.

Unos campesinos viejos de los alrededores nos dijeron que años atrás habían traído a este lugar una partida de barras de hierro cilíndricas. Había sido cuando el Kuomintang estuvo alardeando de que se "domaría el río Juaije" y esas barras serían para construir una represa cerca del lago Jungsé. Pero cuando ya los oficiales del Kuomintang se habían llenado los bolsillos, silenciosamente se fueron. Nunca se construyó la represa y las barras desaparecieron, nadie sabía dónde. Esta información fue suficiente para enviar a los compañeros de Abastecimientos en su búsqueda. Se movilizaron como



cuantos trozos de carbón de leña a medio quemar. Esto lo molió junto con la greda hasta reducirlo a polvo y con esto fabricó un crisol. Por último, secó el crisol lentamente sobre un fuego de leña y ramas.

Los camaradas observaban sin pestañear cada acto del viejo hojalatero cuando derritió el cobre. Marcaron la manera de suspender el crisol sobre el fuego, como iba dejando caer el metal y regulando la temperatura. El trabajaba con calma y seguridad como si fuera algo muy sencillo. Luego introdujo el cucharón de colada y lo sacó lleno de cobre derretido que vació en el molde de acero. Vimos moldearse, uno a uno, aquellos detonantes que tanto necesitábamos. El experimento fue un éxito completo. Así fue cómo de un viejo maestro aprendimos el oficio. Desde entonces nuestra producción, basada en este nuevo método, corrió viento en popa.

Todo esto sucedía mientras las campañas de exterminio del enemigo se hacía cada vez más frecuentes. Nosotros trabajábamos día y noche produciendo minas en grandes cantidades. Alrededor de nuestras bases anti-japonesas los campos estaban minados, lo que hacía difícil al enemigo traspasarlos. Se inició un curso de entrenamiento para la colocación de las minas y se me pidió que concurriera. Al mismo tiempo debía tener un ojo puesto en la producción de la fábrica; pero como tenía un buen caballo podía ir y venir todos los días.

El comandante Luo pidió a Shanghai un ejemplar de "Manual de Trabajos de Fabricación Moderna" y me lo dio. Esto me estimuló enormemente. El quería que yo estudiara tecnología. En la guarda del libro escribió: "No se puede ser un científico de valor si no se une la ciencia a los intereses del proletariado".

138

Quando la cultura no se pone incondicionalmente al servicio de las masas, heredadas los que por determinadas circunstancias

Recordé constantemente esta máxima que me impulsaba hacia adelante. Como luchador revolucionario no permitiría que ninguna dificultad me cerrara el paso. Yo aprendería con honestidad y modestia, trataría de obtener un puñado de conocimientos científicos y los emplearía para afrontar las necesidades de nuestra revolución.

podíamos obtener algo de ella solo estamos sirviendo al pueblo para nuestros propios intereses, y sirviendo con ello a la burguesía explotadora del mismo "la ciencia es patrimonio de la Humanidad"



el camino para que se produzca un cambio de perspectiva. Lo importante es desprenderse de toda idea individualista que se tenga, es lo que más daño causa a los hombres. Apenas prevalecen, corrompen la mente y la forma de apreciar las cosas. ¿Acaso la pretensión, la hipocresía, el engaño y todos los vicios de este mundo, no son el resultado del maldito individualismo?

— Así es — contesté. — A menudo he pensado en ello. Pero he decidido desprenderme de él, y espero que me ayudarás.

— Ayudémonos mutuamente — dijo Chin. — Tú sabes, no es fácil para un hombre ver sus propios errores.

Continué hablándome, diciéndome que los comunistas no eran "super-hombres": que eran iguales a los demás. También habían crecido en la vieja sociedad y tenían que prepararse y templarse a sí mismos, y tratar de convertirse en buenos comunistas a través de la crítica y la autocrítica. Esto, me explicó, no significaba sólo expresar su pensamiento respecto a los demás; sino ser igualmente francos frente a las propias deficiencias, estar preparado para recibir la crítica tanto como hacerla, tratando honestamente de aprender de los propios errores como de los ajenos. Si un hombre estaba en verdad decidido a corregir los errores que cometía, si sabía cómo recibir un chaparrón cuando se lo daban, ese hombre estaba destinado a lograr una mejor comprensión del lugar que ocupaba en la sociedad, una mayor conciencia de la clase a la cual pertenecía. Si este hombre colocaba invariablemente los intereses de la revolución antes que nada; no podría ser desviado por el individualismo, pero sí podría luchar con heroísmo y determinación por la revolución.

Las palabras de Chin me mostraron con absoluta claridad lo que estos soldados de la revolución estaban dispuestos a

hacer: cambiar el mundo y al mismo tiempo transformarse ellos mismos. Como otros jóvenes de mi tiempo, cuando yo creía estar en lo cierto, muchas veces era porfiado y terco. Entonces no seguía sino mi propio criterio. Solía envanecerme y a raíz de eso me dejaba afectar demasiado por los éxitos o los fracasos personales. Sus palabras me aguijonearon para pensar mucho y vigilar mis propias faltas: me indujeron con más determinación que nunca a dedicarme con alma y cuerpo al Partido de la clase obrera.

Era a comienzos del verano. En nuestra huerta los zarcillos de los pepinos ya trepaban por los enrejados y había sembrados de repollos y rábanos. Un atardecer estábamos los jóvenes regando la verdura cuando Luo Ke-sheng llegó corriendo. Me agarró de un brazo y me obligó a seguirlo.

— Te traigo buenas noticias — me dijo alegre.

Sin saber de qué se trataba, lo seguí fuera de la huerta.

— Chin ha informado al comité de tu petición de entrar al Partido — agregó mientras caminábamos. — Y el comité la ha tomado en consideración y ha decidido que puedes presentar tu solicitud.

— ¿Verdad?

— Cierto. Y yo mismo voy a recomendarte para miembro.

Estreché con emoción su mano, incapaz de expresar con palabras la alegría de mi corazón.

Esa noche me senté bajo la lámpara de aceite a llenar mi solicitud de ingreso y hacer mi biografía detallada. Recordé el pasado — esos días de opresión y sufrimientos — y las tonterías y disparates que había cometido. Era el Partido quien me había indicado la dirección correcta y guiado dentro de las filas de la revolución; era el Partido quien me había formado y ayudado a entender el significado de la vida.



placer y mi corazón parecía latir al mismo compás. Al ver el director que yo estaba haciendo el trabajo de dos hombres quiso quitarme la reparación de rifles. Pero como siempre pensaba que podía hacer aún más de lo que tenía entre manos, se me ocurrió la idea de cavar un hoyo al lado del motor y enterrar una estaca a la cual fijé el tornillo de mi banco. De esta manera pude matar dos pájaros de un tiro: seguir reparando rifles y poner un oído atento al motor.

Mis camaradas me nombraron su instructor. Por las noches les daba explicaciones sobre los principios y manejo de los motores y tornos o discutíamos los problemas técnicos que se habían presentado en el curso de nuestro trabajo del día.

En la primavera de aquel año, las tropas japonesas ocuparon la mina de carbón de Pingsiang. Un día recibí una carta del menor de mis hermanos, que había sido evacuado con su fábrica a la provincia de Sechuán. Me daba noticias muy tristes. El mayor de mis hermanos había sido arrestado en Wuján por los japoneses y arrojado a un campo de concentración. Mi otro hermano había muerto; los japoneses lo habían acribillado a bayonetazos. Mi hermana menor había huido a la provincia de Kuangsi. Mi madre, que ya estaba en edad avanzada, había sido arrastrada a un pequeño poblado, junto a la línea de ferrocarril de Chechiang a Chiangsi, donde las circunstancias la habían obligado a caer en la mendicidad. Las desgracias recaídas sobre mi familia me deprimieron inmensamente. Me preguntaba cuántas otras familias como la mía habrían sido arruinadas por la guerra, y cuántos otros, como yo, habrían perdido a sus parientes y a sus seres queridos. ¡Y pensar que estas desgracias individuales eran sólo parte de los indecibles padecimientos de toda una nación!

Para terminar con ellos debíamos poner cuanto teníamos, sin pensar en uno mismo, en la lucha contra el enemigo, arrojar a los invasores y hacer la guerra para terminar con la guerra. ¿Qué alegría podíamos sentir cuando todo el país estaba en agonía?

Nuestro partido siempre ha subrayado que los buenos comunistas no ignoran el bienestar común al buscar la felicidad personal, la que, después de todo, está ligada a la victoria de todo el pueblo en su conjunto. Un individuo es solo una gota de agua en el mar infinito; estas gotas, abandonadas a sí mismas, rápidamente se secarían; pero reunidas ya son algo. Hacía tiempo que había decidido ser un soldado de la revolución, luchar por la victoria final de la gran causa de la clase obrera y dedicarme totalmente a la colectividad. Si esa era mi intención ¿cómo podía preocuparme siempre de la familia?

Un buen comunista es un valiente luchador revolucionario, cuyo lema es: "Primero realizar toda tarea difícil y por último, gozar las comodidades". En una batalla, está siempre a la vanguardia. En una retirada, siempre se le encontrará cubriendo la retaguardia. Sentí como nunca la necesidad de solicitar mi ingreso al Partido Comunista. A menudo pensaba: "El Partido está dirigiendo la revolución para realizar el comunismo, el ideal de la humanidad progresista. Necesita de todos los combatientes leales para robustecer sus filas. Si soy calificado, seguramente que el Partido me aceptará". Y a continuación pensaba que pasaría mucho, mucho tiempo antes que me consideraran digno de serlo. Este era mi manera sobria de verlo.

Un domingo, después del desayuno, me dirigí a la falda más distante de la montaña para leer un poco en la hierba.



— Los que no quieran morir de hambre, mejor que vayan a buscar a los jefes.

Nos reunimos todos en un espacio abierto frente al edificio de la administración donde estaban los jefes y les gritamos que salieran a contestar a nuestras preguntas. Los gritos subían de tono: — ¡Nos oponemos a huir! ¡Queremos armas para luchar contra los agresores japoneses!

Afuera ya estaba oscuro, pero las oficinas de los jefes estaban iluminadas como de día. Pudimos ver como estaban empaquetando documentos importantes y sellos.

Cuando se dieron cuenta que nos habíamos reunido en la plaza, apagaron las luces y atrancaron las puertas. Al mismo tiempo mandaron fuera a sus secuaces, con la intención de comprar a algunos de nosotros para minar nuestra unidad. Pero no gastamos mucho tiempo en deshacernos de ellos. Estuvimos ahí sin movernos hasta la medianoche, pero los jefes no salían de miedo. Hasta ese momento no teníamos la menor idea de que en esas oscuras oficinas se estaba planeando una masacre.

De pronto rompieron el silencio de la noche disparos de rifles y silbaron las balas a través de la plaza sobre nuestras cabezas. Un pelotón de policía cayó sobre nosotros, disparando, al avanzar. Escapamos en todas direcciones, muchos cayeron muertos. Por todas partes se oían juramentos y gemidos y en el cielo, las estrellas temblaban temerosas como si fueran a caerse abajo.

Mataron a más de veinte obreros y la plaza quedó cubierta de sangre.

Este sangriento hecho nos enseñó una lección. Los reaccionarios del Kuomintang odiaban extremadamente al pueblo. No levantarían los rifles contra los japoneses inva-

sores, pero no vacilaban en hacerlo contra gentes indefensas, cuyo sólo crimen era amar a su patria. A pesar de toda su brutalidad no lograron intimidarnos. Sepultamos a nuestros camaradas caídos y seguimos la lucha.

Al otro día, los obreros indignados rodearon las oficinas de la dirección y del sindicato reaccionario de la compañía, exigiendo que los responsables por el derramamiento de sangre fueran castigados con todo el rigor de la ley y que los obreros tuvieran la libertad de luchar contra los invasores japoneses. El odio a los reaccionarios produjo una unidad mayor entre los mineros. Los jefes se vieron obligados a discutir con nosotros y fue elegido uno de sus representantes para tomar parte en las negociaciones.

— ¿Quién es el jefe de su delegación? — preguntó uno de los jefes con evidente mala fe.

— Somos todos jefes. Si tiene algo que decir, dígalo ante todos.

— No hay apuro. Por favor, tomen asiento.

— A nosotros no nos importa esperar, pero posiblemente los demás obreros no son tan pacientes como nosotros. ¿No ve? Están ahí fuera. . .

— ¡Oh! . . .

La justicia estaba de nuestra parte. Después de la masacre, "Nueva China" se pronunció condenando a los reaccionarios del Kuomintang. Los obreros de algunas fábricas de Wuján demostraron su solidaridad en forma activa. Los jefes capitularon al fin ante la presión de las masas y consintieron en pagar tres meses de salarios a todos los mineros y a los demás trabajadores. Acordaron un funeral decente para los muertos y una compensación para

pueblo) que al Imperio japonés

Siempre la burguesía por muy nacionalista que sea tiene más a la Lucha de los Oprimidos (A)



el camino para que mis compañeros obreros alcanzaran sus objetivos, también sería una gran felicidad para mí.

Al segundo año de la guerra, los japoneses se fueron acercando poco a poco a Jankou. Sin que los obreros lo supieran, los jefes de la mina, al amparo de la noche, trasladaron baúles llenos con sus cosas hasta el muelle. Evacuaron a sus mujeres e hijos y hasta a sus perros. Era evidente que se preparaban para volar la mina cuando llegara el momento de la huida, sin preocuparse de las vidas de los obreros.

Cuando supimos en lo que andaban los jefes, nos inquietamos. A la mañana siguiente, al entrar en el taller eléctrico, los otros obreros vinieron al momento y discutimos lo que debíamos hacer. Los seguí hasta el taller de fundición, donde ya estaban los demás reunidos. Los únicos que no aparecieron fueron el capataz y los jefes del taller encargados por el reaccionario sindicato de la compañía. Me encaramé sobre un yunque y les hablé:

— ¡Compañeros obreros! Ha llegado la hora de mostrar nuestra fuerza. Somos seres humanos iguales a los jefes. Si hay necesidad de evacuar, nosotros también debemos ser evacuados. Si no la hay, que se queden con nosotros. Todos somos nacidos y criados en el distrito minero, lo mismo que nuestros padres y abuelos. Hemos echado raíces aquí y para nosotros no hay lugar donde escapar. Tenemos solamente una opción, y es la de luchar contra las tropas enemigas cuando lleguen, hasta la muerte. Los jefes son chinos también y como chinos debieran amar a su país. No debemos permitirles que huyan.

— ¡Esol! ¡Esol! ¡No los dejaremos! — respondieron en coro.

— ¡Vamos a verlos ahora mismo!

Todos aplaudieron. Reinaba un tremendo bullicio cuando salimos del taller. El ingeniero, que estaba de pie a la salida, me detuvo y me llevó a su oficina.

— Yun-tuo — me dijo con calma — ¿por qué es tan estúpido? Déjese de tonterías y recibirá su paga como de costumbre. En realidad el Director dijo que si deja esto recibirá doble paga.

Me puso furioso oírlo intentando que traicionara a mis compañeros. Pero en plena acción no podía perder tiempo con él. Sin esperar a que terminara, giré sobre mis talones y salí dando un portazo.

De inmediato se tomaron todas las medidas para asegurar el abastecimiento continuo de electricidad. Los obreros jóvenes se ofrecieron voluntarios para vigilar que los generadores no fueran destruidos. Esto era esencial, porque si los generadores dejaban de funcionar, la mina se inundaría en pocos instantes. Por ningún motivo permitiríamos que la mina fuera destruida antes que las tropas enemigas invadieran la región.

Por la tarde, cuando subieron los obreros que trabajaban en las galerías, se nos unieron inmediatamente. Algunos fueron al taller de las calderas, abrieron la válvula del pito a vapor y rompieron la manilla para que el pito se quedara sonando a través de la oscuridad de la noche. ¡Nadie podía pararlo mientras no se terminaba el vapor de la caldera!

Este silbato nos llenó de nuevos bríos. Los obreros que acababan de bajar a la mina para el turno de la noche, subieron con sus zapapicos al hombro. Se ofrecieron como voluntarios para vigilar la entrada y disuadieron a los otros mineros a que no bajaran.



estaba muy avanzada fui a la escuela primaria a pedir prestado un miniógrafo e hice una gran cantidad de recibos para las donaciones. Apenas amaneció me fui directamente a donde los obreros para pedirles su contribución para el Octavo Ejército. Muy pronto recogí la suma de cuarenta yuanes y los envié a la dirección de "Nueva China". Todos estábamos felices. Sentíamos que no sólo hablamos enviado dinero sino nuestros propios corazones a nuestros soldados en el frente.

Las autoridades del Kuomintang se encogían de susto ante un verdadero despertar general de los trabajadores. Hicieron cuanto pudieron por impedirnos celebrar nuestras reuniones para tratar sobre los acontecimientos que se sucedían.

Hacia tiempo que existía un sindicato de la compañía. Su sede estaba en el puerto de Juangshi, a unos cinco kilómetros de la mina, y nadie sabía nada al respecto. Pero ahora que los obreros comenzaban a ponerse de pie, la administración se dio cuenta que estaba demasiado lejos para que prestara ninguna utilidad. De modo que apresuradamente abrieron una nueva oficina, colgaron un letrero en la puerta, e instruyeron a todos sus lacayos del puerto de Juangshi para que tuvieran a los obreros bajo control.

Sucedió que un compañero de escuela de mi niñez estaba a cargo de este sindicato de la compañía. Tan pronto llegó a Taye fue a verme. Me informó que se había establecido "el sindicato" y me propuso que dejáramos de celebrar nuestras reuniones de discusión. Luego llevó la conversación por otro camino.

— ¡Mira, hermano! — me dijo — ¿Por qué no te diviertes cuando puedes hacerlo? ¿Qué sacas con ser comunista?

Apenas pude contener la rabia que me invadía.

— ¿Tienes algo más que decir? — le pregunté friamente.

— Te lo digo por tu propio bien; por eso vine. Abandona tus ideas. Tu sabes cuántos comunistas han tenido buenos resultados.

Repentinamente apareció en mi mente una brutal figura de verdugo.

— ¡Fuera! — rugí con el puño cerrado ante su nariz — ¡Vete o no respondo de las consecuencias!

Se rió con sorna y desapareció.

Cuando les conté a los obreros lo sucedido se pusieron furiosos.

— ¡Que lo intente si se atreve! — dijeron. — Seguiremos adelante como lo hemos decidido.

Esto nos unió aún más. Cada tarde nos reuníamos bajo un gran árbol a leer los periódicos y celebrar reuniones. En complicidad, con el sindicato de la compañía, el capataz nos retuvo trabajando sobretiempo varios días seguidos, prohibiéndonos salir de los talleres. Llegó a intimidar a los obreros jóvenes diciéndoles:

— ¿No tienen miedo de que les corten la cabeza? Wu Yun-tuo es un desesperado, al que le importa un bledo su vida; pero ¿por qué ustedes lo siguen?

Se esparció el rumor de que yo había organizado un equipo de asesinos; pero los obreros sabían perfectamente cual era su origen y esto no los desvió un ápice de sus propósitos.

Obreros veteranos se me acercaban y me decían:

— No es sólo a ti, sino a todos nosotros. Pero no tenemos miedo, sabemos que estamos en lo justo.

De todos modos, ¿qué sacábamos con tener miedo? Yo veía las cosas así: aunque me hicieran polvo, si esto abría